



No olvidemos que por nuestros frutos nos conocerán

Por Karla Patricia Berrón Cámara

Miembros del presídium, hermanos maristas, maestros, compañeros, familiares y amigos que nos acompañan, buenas noches.

Es un honor para mí, para nosotros, estar hoy aquí reunidos en la ceremonia académica que marca el término de nuestros estudios de maestría. Luego de dos años de trabajo y esfuerzo sostenidos, es de verdad satisfactorio llegar formalmente a la meta propuesta.

Habrán quienes entiendan este momento como el final de un ciclo. Ciertamente lo es. Pero esta noche quiero invitarlos a mirar este logro desde otra perspectiva, con otro enfoque. Los invito a que lo pensemos más que en términos de conclusión en términos de inicio, en términos de un nuevo comienzo en el que lo fundamental será la respuesta que dé cada uno de nosotros, luego de haber tenido la oportunidad de seguir educándonos.

Y digo "oportunidad" porque es incuestionable que en un estado en el que –según cifras del Sistema Nacional de Información Educativa para el ciclo escolar 2007-08*- ocupamos el noveno lugar nacional en analfabetismo, el grado promedio de escolaridad fue de 7.8 y la eficiencia terminal por nivel disminuyó progresivamente de 92.5 % para Primaria a 73.7% para Secundaria y a 54.8 % para Bachillerato, tener la oportunidad de seguir estudiando, de concluir un posgrado recibiendo educación de calidad significa, en definitiva, una gran ventaja.

Pero jugar con ventaja tiene implicaciones colaterales. El privilegio de la educación también encierra la obligación moral y la responsabilidad social de derramar y extender sus beneficios a nuestro entorno. En un primer momento a nuestro entorno inmediato, pero ¿por qué no? también podemos y debemos pensar en un rango más amplio, en una escala mayor, utilizando un código



en el que todos nos asumamos como corresponsables del otro, de los otros y de su bienestar, entendido éste como la posibilidad de acceder plenamente a los derechos fundamentales, comunes a todos los seres humanos, entre los que la educación ocupa un lugar primordial.

San Lucas escribió: "a quien se le dio mucho se le reclamará mucho; y al que se le confió mucho, se le pedirá más". Ese es nuestro caso.

En un contexto donde privan la indiferencia y la intolerancia entrelazadas de manera realmente complicada, nos corresponde a nosotros colaborar tratando de redefinir los criterios y parámetros que norman las aspiraciones generales, los sueños colectivos. La vida no debiera tratarse únicamente de tener, de poseer, y sobre las posesiones construir y definir la propia esencia. La vida debiera tratarse de ser, de ser para los demás y a su favor.

El mundo de hoy reclama de nosotros una intervención clara, acciones decididas que se traduzcan en mejoras cuantitativas pero sobre todo cualitativas en beneficio de los menos favorecidos, por no llamarles abiertamente marginados. Nosotros no formamos parte de quienes el día de mañana, cuando sea momento de afrontar las consecuencias resultado de la creciente injusticia social y la desigualdad en términos de oportunidades, podrán argumentar ignorancia frente a lo que está ocurriendo, a lo que ha venido ocurriendo desde hace tanto tiempo ya, que a veces pareciera que hemos dejado de notarlo. Ese argumento no podrá ser esgrimido por nosotros, que hemos dedicado los últimos años de nuestras vidas a profundizar en el conocimiento del mundo desde distintos enfoques.



La realidad es que el tiempo apremia. Es tiempo de actuar con responsabilidad. Es tiempo de asumir el compromiso a que estamos llamados. Es tiempo de encarnar el carisma marista que nos invita a “ser para servir”.

El reto fundamental sigue vigente: se trata de transformar el simple conocimiento –que indudablemente hemos acrecentado- en verdadera sabiduría. Sabiduría para reconocer en los demás su riquísima complejidad, la diversidad de sus necesidades, nuestra equivalencia como seres humanos. Se trata de trabajar en equipo, como equipo, y en beneficio de todos los miembros del equipo.

“Por sus frutos los conocerán” escribió san Mateo. Hoy los invito a que sigamos trabajando nuestra parcela personal, a que sigamos sembrando con consciencia, con esfuerzo y dedicación, pero sobre todo a que demos buenos frutos, frutos que no dejen lugar a dudas de que lo que nos anima es, en buena parte, una mirada justa y generosa que ve más allá de lo evidente, una mirada que sabe reconocerse en el otro.

Cuestionemos el presente creyendo en nosotros mismos y en los demás, confiando en nuestras capacidades individuales y colectivas. Incidamos en el contexto de manera positiva, reactivemos la fe en que podemos transformar la realidad, aportemos lo mejor de cada uno, hagamos la diferencia. Construyamos una sociedad más justa y más libre. Trabajemos a favor del fortalecimiento de la dignidad del género humano.

No olvidemos que efectivamente, por nuestros frutos nos conocerán.

* http://www.snie.sep.gob.mx/estadisticas_educativas.html